

al mismo tiempo que una mano blanca y delgada cogía el brazo de Eugenio.

—¡Cómo!—exclamó el escritor—
¿Sois vos, marquesa?

—¡Soy yo, Eugenio Süe! Soy yo que quise probaros, y que desde este momento desprecio vuestra filantropía con todas sus farsas, y me atengo á la caridad católica. La primera deja perecer al pobre; la segunda le alimenta y consuela. Mi elección no puede ser dudosa. ¡Buenas noches, Eugenio!

Octubre 5 de 1857.

Palabras de Ultratumba.



Palabras de Ultratumba.

I

Niño de cabellos rubios, de tez blanca y ojos azules como el cielo de Mayo, ¿á dónde vas con esa precipitación sin ver las grietas, los arroyuelos y las piedras que salvas en tu curso; sin reflexionar siquiera que los años aun no dan á tus piernecitas la fuerza necesaria para sostenerte en tu carrera; sin reflexionar, digo, que tus cabellos pueden quedar enredados en las lianas del bosque ó, tropezando, puedes caer y maltratarte ese rostro angelical en que apenas pusieron su sello nueve abri-les? ¡Y todo por una mariposa! ¿Sabes tú lo que es una mariposa? Un ser efímero aunque bello: la aurora presta mil colores á sus delicadas alas, hié-

relas un rayo de sol y toman el aspecto del oro: parece que cada una de las flores en que se detiene le hace donación de sus galas: ostenta los bigotillos del clavel, sus ojos semejan dos de esos pequeños glóbulos negros, que forman, apiñados, el fruto de la zarzamora: sus patitas, los delicados pistilos de multitud de flores que esmaltan nuestros campos, y en sus alas lleva desde el color acarminado de la camelia, que representa á la mujer sin corazón, hasta las varias tintas de la trinitaria, símbolo del pensamiento: desde el blanco de la azucena, que nos recuerda la pureza del alma, hasta el morado de la modesta y escondida violeta. ¡Qué diversidad, qué riqueza de colores y de formas! En la mariposa vemos realizado uno de esos tesoros exquisitos de los cuentos árabes. En verdad que su posesión debe hacernos felices, aunque deba estar medida su existencia por la duración de uno de esos bellos días de verano. Y.... ¡cosa singular! La mariposa que con ligereza indecible pasa y repasa de una flor á otra, haciendo con su quebrado vuelo infructuosas las fatigas del pájaro que la persigue, parece deleitarse en proporcionar entretenimiento al niño que la mira con no menos arroba-

miento que los antiguos magos á la estrella de Bethlehem. Vedla cómo se acerca poco á poco... desdeña el mirto, el geranio, el lirio, y viene á posarse en una rosa: sí, desde tiempo inmemorial los poetas han colocado á la mariposa en el seno de la reina de los jardines; préstanse mutuamente sus infinitos matices y su perfume delicioso.... ¡A qué aguardas, niño? La mariposa está al alcance de tu mano y parece que desea ser tu cautiva.... Pero el niño, al ir á cogerla, ha lanzado un grito lastimero y sus dedos aparecen ensangrentados. Es que el insecto se albergaba en el seno de la rosa y la rosa se eleva sobre una rama cubierta de espinas, y éstas lastimaron la delicada mano del niño, mientras la causa de tanto daño remonta de nuevo el caprichoso vuelo. —¿Lloras, alma mía?—Sí: había creído coger la mariposa y las espinas han destrozado mis dedos.—¿Qué doloroso es el primer desengaño de la gloria! Pero, ¿á dónde vas, niño?—Voy á perseguir de nuevo la mariposa.

—¡Oh corazón humano! ¿Cuándo te abandonará la esperanza de conseguir lo que deseas?

II

Algunas tardes después he vuelto al sitio mismo, teatro de la catástrofe que dejo descrita, y me sorprendí viendo que el niño perseguía aún á cierta mariposa entre las flores y los árboles del soto. ¿Era la misma del otro día? Acaso no; pero sus colores eran igualmente bellos y sus alas semejaban la gasa que cubre las espaldas de alabastro de una mujer; en fin, era una mariposa, y sabido es que las mariposas son el amor de los niños. Perdíle de vista por algunos momentos y me entretuve en examinar el paisaje que se desplegaba ante mis ojos. El limpio y azulado cielo que brillaba durante la primavera, estaba ahora cubierto con las nubes que presagian las primeras tempestades de otoño; las flores habían desaparecido, y, convertidas en fruto, inclinaban los árboles hacia la tierra: la yerba, que formaba antes una especie de alfombra de esmeralda, estaba ahora amarillenta y me recordó aquella alusión bellísima de la Sagrada Escritura:

“Por la mañana brillaba y á la tarde la vimos secarse.”

Los pájaros, que privados antes de

pluma apenas se atrevían á asomarse en el nido, recorren altaneros el espacio, ensayan mil cantos melodiosos y se entregan solícitos á las tareas de la incubación. Ha pasado para la naturaleza la hora brillante, pero loca, de la juventud, y cuanto abriga en su regazo lleva ahora consigo el sello de la virilidad.—Absorto en mis ideas seguí maquinalmente una vereda que me condujo al río: á su orilla, sentado en una peña, estaba mi antiguo conocido el niño; tenía entre sus manos la mariposa que al fin había logrado coger y que forcejaba por escaparse. Súbito el niño abrió su mano y la mariposa vino al suelo. Había aquél advertido que á medida que el insecto permanecía en su poder, iba perdiendo la brillantez de sus galas: aquellos colores que causaban envidia al arco-iris, no eran sino polvillo despreciable que deslució los dedos del niño. Inclínose para ver de cerca la estropeada mariposa, para que el desengaño fuese completo: la mariposa estaba muerta y el niño, al revolverla en el sieno con el extremo de una varita, pensó en la vanidad de sus esfuerzos, en la inutilidad de sus dolores para conseguir tan despreciable objeto, y una sombra de tristeza se difundió por su semblante.

III

Observábale yo, medio oculto entre las ramas del bosque, y el ruido de pasos en las hojas secas que tapizaban la veredita, vino á sacarme de mi entretenimiento. Un hombre apareció en la mitad del bosque, y por el grueso y nudoso báculo en que se apoyaba, así como por la alforja que llevaba al hombro, conocí que era peregrino: su talla, aunque mediana, no carecía de cierta majestad: estaba vestido con extremado aseo, tanto más raro, cuanto que debió haber caminado durante muchos días, según después me dijo, siempre á pie, y por campos que frecuentemente hace intransitables la lluvia. Habíase quitado su sombrero á fin de aprovechar una de esas ráfagas de viento que restauran con su frescura las fuerzas del fatigado peregrino, y sobre su espaciosa frente caían algunos mechones de cabello cano, que le concitaron mi respeto: su fisonomía era franca y apacible: las tempestades del corazón habían sido reemplazadas por la calma de la edad proyecta, y esta calma reflejábase en su semblante, como un cielo sin nubes en el tranquilo espejo de un lago. En el óvalo

de su rostro, en el color de sus pupilas y de su fina epidermis, revelaba su origen europeo; pero llevaba impreso en su fisonomía un sello de nobleza y al mismo tiempo de benevolencia, que le hacía parecer uno de aquellos buenos caballeros de los antiguos días. Adelantéme á su encuentro, y después de haber trocado mutuamente algunas palabras que exige la política, le invité á descansar sobre una peña cubierta de musgo, al abrigo de los árboles y á un lado de la veredita. Entre las ramas divisábamos al niño, que permanecía como lo dejé: sentado á orillas del río, apoyada en una de sus manos la rizada cabeza y lleno su semblante de inefable melancolía. En dos palabras referí al recién llegado cuanto había observado relativo á este niño interesante, y aun aventuré ciertas reflexiones que no estará de más dar á conocer al lector.

—¿No os parece—le dije—que lo que acaba de acontecer á este niño, sucede continuamente en el mundo á los poetas? Sueñan con la gloria, deidad que no me atrevo á definir; estudian, cantan, y cuando creen tocar la orla del vestido de aquella diosa, desaparece, y la burla de los hombres hiere no sólo sus manos, sino también su

corazón. Ellos, sin embargo, siguen estudiando y cantando, y las burlas del mundo se multiplican y se multiplican los dolores de ellos. Día llega en que el árbol con tanta solicitud plantado, con tantas lágrimas humedecido, coronase con el fruto de sus desvelos; la aureola resplandeciente de la gloria ciñe la frente del poeta, y su nombre es repetido por la multitud; pero el fruto que tan ricos colores muestra tiene el corazón agusanado ó es cuanto menos insípido: la envidia acibara los gustos del poeta, y además, la brillante mariposa que hacía correr al niño en pos de sí no roba ya la atención del adulto: acude al espejo á ver su corona, y advierte que bajo el laurel așoman sus cabellos blanqueados por los años y la meditación. ¿Y con quién ha de compartir su gloria? ¿A quién hará partícipe de sus triunfos?—“El amor de la mujer es lo único que puede hacer dichoso á un poeta; el mundo es incapaz de llenar su alma, porque todo lo que da el mundo es obra de los hombres, y el poeta necesita una obra de Dios.” (1) Y el poeta ya no puede ser amado, porque este privile-

(1) Copiado.

gio pertenece exclusivamente á la juventud.... ¡Ah, señor! vos tenéis impreso en vuestro semblante el sello del ingenio: habéis vivido muchos días sobre la tierra, y pasado seguramente por gran número de pruebas. Tal vez pertenecéis á esa gran familia de seres que van sucesivamente apareciendo, adelantan un paso en el camino de la ciencia, ó exhalan un grito de dolor que conmueve á los hijos de esta desdichada sociedad moderna, para hundirse después en el sepulcro. Yo he pensado alguna vez que podría combatir con lucimiento en la arena literaria: creí que me estaba reservado un papel brillante, cierta dosis de influencia moral en los destinos de mi patria; y sin embargo, siento que la juventud me abandona, y aun no he salido de la pobreza y la obscuridad: clavadas están en mi corazón las espinas de la crítica, y mi alma llena de esa amargura reconcentrada, que produce un anhelo vehemente no satisfecho. Decídmelo, noble anciano, ese inmenso vacío que sienten los poetas ¿es acaso una maldición del cielo? Ese sueño dulcísimo de gloria que nos deleita en los días primeros de la juventud, ¿carece de nombre, carece de realización en la tierra? Si tiene uno y otra, ¿no deberá

ser sino la llama en que llega á consumirse, conducida por su alucinamiento, la pobrecilla mariposa?

—“Joven—me contestó el anciano—ese vacío que sentís en vuestro corazón, ese vacío que se revela más ó menos en los frutos de la literatura moderna, es efecto de que no habéis querido conocer los verdaderos fines de la vida, la misión verdadera de la literatura, la definición única de la gloria. Efectivamente, he sido poeta, y ese extraño deseo que os agita me ha ocupado en los remotos días de mi juventud. “Esta cabeza no estuvo siempre calva, ni este pecho tan tranquilo como os lo parece hoy:” pero, acaso por haber comprendido los deberes que impuso Dios á todos aquellos á quienes está concedido el poder de la palabra, hoy al volver la vista á los días pasados, recuerdo mis dolores de hombre es cierto; pero como escritor, al contemplar el influjo que mis obras han ejercido, no sólo en las costumbres de la Francia, sino en las del mundo civilizado á que mi país sirve de norma, una dulce satisfacción interior viene á encantar los días tranquilos de mi vejez. “La verdadera, la única gloria posible no consiste en los aplausos de los hombres, que se disipan como el hu-

mo, quizá para dar lugar al sangriento sarcasmo; consiste en la satisfacción interior que resulta de haber obrado el bien.”

Un rayo de luz comenzaba á ilustrar mi espíritu: contemplaba á mi interlocutor con extrema curiosidad. ¿Quién es—me preguntaba—este viajero que respira en sus discursos la sencillez y la verdad de los antiguos profetas? Según sus palabras, ha ejercido una influencia benéfica en las costumbres sociales: sus pensamientos ya otra vez han hecho vibrar las cuerdas de mi alma.—¿Quién sois, señor?—exclamé sin poderme contener.

—“Soy—contestó—el último vástago de una de esas familias antiguas de la Bretaña, á quienes Dios reservaba el dolor de ver morir á algunos de sus miembros en las cárceles y patíbulos de la demagogía á fines del último siglo. Expatriado, olvidado de mis compatriotas, vine á pedir á los bosques de América mis primeras inspiraciones, precursoras de mis triunfos como literato; no extrañéis, por lo mismo, que ahora dirija mis pasos entorpecidos por la edad hacia estos lugares, con el mismo respeto con que después de muchos años nos acercamos á las ruinas de la casa donde nacimos.

á la cuna en que fuimos mecidos por la mano de una madre ya muerta. Volví entonces á mi patria y consagré mi pluma al renacimiento de las ideas religiosas, que habian sido desterradas de los corazones al ruido de los altares que caían y los gemidos de los sacrificados sacerdotes, mártires de esta nueva era de persecución é idolatría. Cúpome también mucha parte en los destinos políticos de Europa, y he representado á la Francia en diversas cortes; pero hace algunos años que Dios ha inutilizado mi pluma, diciéndome que la tarea impuesta á mis escasas fuerzas estaba desempeñada; que ya la hormiga había conducido su grano al depósito común, y era acreedora al eterno descanso. Hoy, sin embargo, al volver de un sueño de cuya duración no puedo darme cuenta, he visitado á esa vieja ciudad europea, y he visto que se desarrollan allí con velocidad prodigiosa los gérmenes de disolución sembrados desde mucho antes que cerrara mis ojos la mano de la Providencia.

IV

“¿Cuáles son las fuentes del sentimiento, origen y alma de la literatura? La religión, la familia, la patria. La religión tiene por base la esperanza de la inmortalidad. La familia es el resultado del amor, esa ley de atracción que impera en los tres reinos de la naturaleza. Fúndase el amor á la patria en la afición que se toma á los objetos que por la vez primera nos causaron impresión, como el hogar en que nacimos, el cielo que sirvió de pabellón á nuestra cuna, la ciudad y los campos donde tuvieron lugar nuestros paseos infantiles: después el país todo en que se profesa nuestra religión, en que dominan nuestras costumbres, en que se habla nuestro idioma.

“Ahora bien, ¿de qué modo tratan los literatos modernos en lo general esas fuentes del sentimiento, la religión, la familia, la patria?

“Con respecto á la primera, todos sus conatos se dirigen á desacreditar el sacerdocio. El padre del romanticismo francés, Mr. Victor Hugo, ha dado principio á esa larga serie de engendros que partiendo desde Claudio

Frollo (1) viene á terminar en el ridículo "Don Claudio" de Ayguals de Izco. (2) Se han forjado los poetas una religión á su modo, y mientras Lamartine rinde sus adoraciones al Autor de la naturaleza en medio de los bosques, á fuerza de suspiros y de melancolías, Bermúdez de Castro apostrofa como á un monstruo de venganza al Dios de la antigua ley, (3) y Prudhome asegura que Dios no existe, ó si existe es el mal. ¿Qué consuelos han sido prodigados al pobre, al desgraciado? ¿Procuran hacerle llevaderas sus mi-

(1) Vease la novela intitulada "Nuestra Señora de París."

(2) Id.—"La Marquesa de Bellaflor."

(3) "Espíritu que extiendes sobre el mundo
De tu furor la túnica sombría,
;Tú que en la sangre de tu pueblo impía
Anegaste los ídolos de Aarón!
;Tú que abriste las bóvedas del cielo
Para saciar tu rencoroso enojo!
;Tú que en el seno hirviente del mar Rojo
Sepultaste el poder de Faraón!

"Siempre entre luto te contempla el hombre
Y envuelto siempre en funerario velo,
Ya lanzando tormentas desde el cielo,
Ya dictando tu ley en Sinaí:
Tú de la Pascua en la sangrienta noche
En el acero del Querub brillabas,
Tú al seno del idólatra llevabas
El puñal fratricida de Leví, etc., etc.
(Ensayos poéticos de Bermúdez de Castro.)

serias con la esperanza de una vida futura? ¿Han tenido para ellos una palabra de conmiseración? No: han puesto ante sus ojos el cuadro de los goces y disoluciones del rico, como se muestra al hambriento con el pedazo de carne que le está destinado, azuzándolo para que se abalance á cogerlo: al desgraciado le aconsejan el suicidio.

"Con respecto á la familia, los padres han sido pintados como los depositarios de un poder tiránico hacia los hijos. Desgraciadamente los cuadros de "Martín el expósito," no encierran sino la pintura más exacta de lo que pasa entre la generalidad de padres é hijos en la alta clase y aun en la clase media. El adulterio es defendido, el divorcio aconsejado. ¿Qué es hoy la familia? No es ya la generación que sucedía á la generación bajo el mismo techo, cultivando las mismas tierras, con las mismas costumbres, con las mismas virtudes de sus antepasados, y aventajándoles sólo en el número, ilustración y bienestar. Hoy, no bien existe la familia, se dispersa como los pájaros que apenas se hallan con la fuerza necesaria para volar, cuando abandonan el nido paterno. Las hijas van al pie de los altares á

jurar al esposo un amor que tal vez no sienten, una fidelidad que acaso no se hallan dispuestas á guardar. Por los hijos no preguntéis: se han lanzado al torbellino de la ambición, corren en pos del oro y del poder, únicas columnas que sostienen el templo de la felicidad material, ante cuyo altar se prosterna.

“El sentimiento religioso es la base de toda la sociedad. Minada la base de un edificio cualquiera, sus paredes se cuartejan, crujen los techos, y después nada resta del edificio sino un montón de ruinas. No es por lo mismo de extrañarse que las armas que han jugado contra el sentimiento religioso hayan causado males tan graves á la sociedad humana. El hombre que no cree en una vida futura en que ha de ser remunerado según sus privaciones y dolores en este mundo, se da prisa á gozar durante los días de su vida, y la justicia deja de presidir sus acciones. De aquí nace el egoísmo, cualidad distintiva de la generación actual. El pueblo, que había oído decir que la propiedad es un robo, acabó por quererse repartir los bienes de los ricos: el pueblo que oyó decir que todos los hombres son iguales, ha querido abatir las cabezas que sobresalían

por su origen ilustre, sus virtudes ó sus talentos: el pueblo á quien se ha dicho “los gobiernos son la causa de las revoluciones: todo poder es despótico.” ha acabado por no querer adoptar especie alguna de gobierno. Han sido invocadas las causas más justas para llevar á cabo los más depravados intentos: se ha pretendido enaltecer á la clase proletaria, y ha sufrido grave paralización del trabajo, manantial de virtudes y de la riqueza pública. Mr. Eugenio Siie, ese ingenio colosal que debiera haber consagrado su pluma á objetos más dignos, lleva consigo una responsabilidad inmensa, porque los frutos que la nación francesa recoge en estos últimos días, son frutos de anarquía, de sangre y despotismo, y las manos de Siie ayudaron á plantar el árbol que los ha producido.—Yo creí que no pudiera haber cosa más horrible que la profanación cometida en Saint-Denis con los cadáveres de una dilatada generación de reyes, á cuya sombra floreció cuanto la Francia puede contar de ilustre en armas, en letras y virtudes. profanación cuyo relato hice en una de mis obras; y Alejandro Dumas ha levantado el velo que cubría la vida privada de esos reyes, que como tales han debido ser juzgados por la

posteridad; pero sobre cuyas debilidades domésticas ha debido extenderse la sombra del sepulcro en que duermen hace ya muchos años. ¿Y cuál ha sido el objeto ostensible de esto? ilustrar al pueblo para que marche á la conquista de sus derechos, y hoy el pueblo ha perdido sus derechos más legítimos; hoy no existe en Francia el gobierno representativo; un soldado ambicioso y enérgico se apodera del mando, y convierte en vasallos á los ciudadanos libres del reinado de Luis Felipe de Orleans.”

V.

“Allá en la antigüedad hubo un hombre llamado Eróstrato, que no pudiendo adquirir celebridad por los medios que ordinariamente se emplean, redujo á cenizas el magnífico templo de Diana en Efeso.

“La vanidad es, á no dudarlo, el origen de ese rumbo funesto que ha tomado la literatura de mi país. Difícilmente hubieran podido descollar oradores é historiadores filósofos y poetas después de Massillon y Bossuet, de Pascal y de Racine.—Era preciso llamar la atención de una manera distin-

ta, y para ello, ¿qué mejor que trazarse una línea de conducta opuesta á la que siguieron aquellos grandes hombres?—¿Eran religiosos?—Pues seamos impíos.—¿Respetaban y obedecían al poder legítimamente constituido?—Prediquemos el desprecio á las autoridades, la insubordinación.—¿Eran espirituales? Seamos materialistas.—¿Derramaban sus escritos una luz suavísima sobre las almas?—Convirtamos el mundo en un caos. ¿Enseñaban á amar la virtud, á practicarla?—Incuiquemos que la virtud es exclusiva de los ángeles; que el hombre nace predestinado á la honradez ó al crimen así como á la dicha ó á la desgracia, y que en vano se afanará por variar en lo más insignificante el fallo escrito en el gran libro de los destinos. Esto dijeron entre sí los prohombres de la literatura moderna, y se dedicaron con asiduidad sin ejemplo á levantar un santuario al error.

VI.

“Se ha dicho en estos últimos tiempos que las fuentes de la poesía estaban agotadas; que el espíritu de la época, todo de positivismo, todo de

ambición material, era contrario al cultivo de la bella literatura. Se ha dicho que, después de los cuadros excitantes que nos ofrecen en sus obras Siie, Balzac y Dumas, de los pensamientos sublimes, sombríos y melancólicos de Lamartine. Lord Byron y Millevoie, de los dramas filosóficos de Victor Hugo, nadie podrá sobresalir en la novela, la poesía lírica y el drama; pero esto es un error.

“Con muy pocas excepciones, ¿cuál ha sido el objeto de los que actualmente asisten á las justas literarias? Crearse un nombre, crearse una fortuna. Para alcanzar ésto más fácilmente, les ha sido necesario halagar las ideas, las preocupaciones del mayor número. No es tan fácil la tarea de conducir á toda una generación hacia el buen camino, en pos de un pensamiento noble y grandioso. La multitud siempre estará dispuesta á ofrecer el destierro á Aristides y á Sócrates la copa de cicuta. Mas aquellos que con las disposiciones necesarias acometieron empresa tan árdua, pueden estar seguros de que las sombras de la muerte no se extenderán sobre su memoria: brillarán al través de los siglos en la asamblea gloriosa de todos esos hombres á quienes deba el mundo su mejora

moral. Y estos hombres, durante su vida, no encontrarán la felicidad, ni el aplauso y respeto de sus contemporáneos, ni en el amor de una mujer como pensáis. Los hombres son injustos en sus fallos; y por lo que respecta á la mujer, ni la dicha que nos proporciona está exenta de lágrimas, ni es posible fijar límites á las inclinaciones del corazón humano.—El que cifre en esto su felicidad, cuando el hielo de los años haya encanecido su cabeza, como el niño objeto de vuestras observaciones, verá á sus pies el cadáver de la mariposa privado de los brillantes colores que la adornaban, y podrá exclamar: “¡mis días han desaparecido como la sombra!”

“Joven! os lo repetiré: La verdadera, la única gloria posible, no consiste en los aplausos de los hombres que se disipan como el humo, quizá para dar lugar al sangriento sarcasmo; consiste en la satisfacción interior que resulta de haber obrado el bien.”

VII.

—¿Quién soís, señor? ¿quién soís? pregunté con una mezcla de temor y de profundo respeto.

—Soy Francisco Augusto de Chateaubriand.

—¡Cómo! Pero los muertos ¿pueden quebrantar las leyes eternas de Dios? ¿Pueden volver á habitar esta tierra de dolores? Si está decretado que yo deba contribuir con mis esfuerzos insignificantes á la mejora de la humanidad; si Dios ha permitido que salgáis del sepulcro para amonestarme, para advertirme, hablad, ¿qué rumbo deberé seguir, qué modelo imitar? Pero la voz parecía haber espirado para siempre en los labios del aparecido, que comenzó á alejarse hacia el bosque. Hice un violento esfuerzo para seguirle, y entonces desperté: conocí que todo había sido un sueño.

Era el alba. Se oía el canto de los pájaros, el confuso rumor del mundo que despierta á la luz de un nuevo día de verano. Me incorporé en mi lecho y dirigí la vista á mi alrededor. Un rayo de sol penetrando luego por las rendijas de la ventana, iluminaba las páginas de un libro puesto sobre la mesa al lado de mi lecho.

Este libro se titulaba "El Genio de Cristianismo."

1853.

JOSE.